

LECCIÓN DE GENEROSIDAD Y HUMILDAD DE UNA POBRE VIUDA

Mc 12,38-44

32º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Querido amigo: El encuentro de hoy es una gran lección que nos da Jesús de humildad, de generosidad, de “no ambición”, de “no hipocresía”. Y vamos a ver cómo actúa Él cuando ve a estos escribas y estos fariseos; y cuando ve a esta pobre viuda cómo Él se emociona y cómo Él les dice la verdadera lección y la verdadera forma de obrar delante de Él y delante de los hombres. Lo encontramos en el Evangelio de Marcos, capítulo 12, versículo 38-44. Lo escuchamos y estamos presentes a esta escena con toda atención:

Y les decía en sus enseñanzas: “Guardaos de los escribas que gustan pasear con vestidos lujosos y ser saludados en las plazas y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes, que devoran las casas de las viudas con el pretexto de largas oraciones. Éstos recibirán un juicio más severo”. Sentado frente al gazofilacio, miraba cómo la gente echaba en él las ofrendas y que bastantes ricos echaban mucho, pero al llegar una viuda pobre echó dos moneditas que hacen un cuarto. Llamó a sus discípulos y les dijo: “En verdad os digo: esa viuda pobre ha echado más que todos los otros en el gazofilacio, pues todos echaron de lo que les sobraba, pero ella, en su pobreza, echó todo lo que poseía, todo lo que tenía para su sustento”.

Hemos visto a Jesús cómo también cerca de la Pascua va al templo, recorre las distintas secciones y se da cuenta de todo lo que pasa alrededor; y aprovecha estas ocasiones para enseñar a sus discípulos y para enseñarnos a cada uno de nosotros. Querido amigo, tú y yo nos vamos también con Jesús al templo y allí le vemos y observamos todo lo que pasa alrededor.

El protagonista de esta escena es una viuda pobre. Jesús aprovecha toda ocasión y enseña a la multitud que hay ahí congregada en los atrios exteriores del templo. Y entonces les dice esas palabras cuando ve pasar a estos escribas y a estos fariseos: “Cuidado con los escribas. Mirad, les encanta pasearse con amplio ropaje, que les hagan reverencias, buscan los primeros asientos. Siempre con pretexto de largos rezos recorren todo con grandes filacterias... No seáis así. No seáis así”. De pronto Jesús entra en el atrio de las mujeres, donde estaba allí la sala del tesoro con un montón de cepillos, llamados en aquellos tiempos “trompetas” porque tenían la forma de un orificio, y se recogía en ellos las limosnas para el culto. Se sienta Jesús en una grada —estamos muy atentos— y vemos cómo Él observa a toda la gente que va pasando. Ve cómo los ricos echan puñados de monedas de cobre para que suenen bien sonoras, pero de pronto ve llegar a una viuda muy pobre y... —la ve por la vestimenta que trae— ve cómo echa en el cepillo sus dos monedas, que en aquellos

tiempos eran unos lectos —el lecto era una moneda pequeñísima y que pesaba como un gramo; como dos céntimos de ahora—. Y allí esa ofrenda tan insignificante, tan invisible para todos estos ricos, vemos cómo a Jesús le es lo más notorio y se da cuenta de la generosidad de esta pobre viuda. A los ojos de los demás nadie la ve: es una pobre, ha echado unas moneditas... Pero a los ojos de Jesús no se le va nada. Entonces se da cuenta de la generosidad de esta pobre mujer.

Esta pobre viuda es riquísima en generosidad y grande en humildad. Se marcha discretamente, desaparece entre la multitud, y Jesús aprovecha esta situación para alabar a esta pobre viuda y enseñarnos la gran lección de la humildad y la gran lección de la generosidad. A Jesús no le gusta la ambición, no le gusta la ostentación, no le gusta la hipocresía, no le gustan las cosas y las formas llamativas de oración, ni de nada. No le gusta. A Jesús le gusta la humildad, la sencillez, el no notar, el silencio, el pasar desapercibido. Esta hipocresía y esta ambición Jesús no la aguanta. No la aguanta. Y dice que esta pobre viuda ha echado todo lo que tenía y alaba a esta mujer.

Muchas veces Jesús es duro, pero es duro con la ostentación, con la riqueza, con las formas de actuar ostentosas. Y no tiene palabras nada más que de alabanza para esta pobre mujer que pone a disposición todo lo que tiene: la generosidad. ¡Qué gran lección nos da a ti y a mí Jesús en este encuentro! Primero “no” a todo esto que queremos: aparecer, ostentar, brillar, que se nos vea... Y “sí” a una vida de corazón, llena de contenido, llena de vida, llena de fuerza, sin notar, normal... Él es lo que mira. No mira la ostentación, sino mira la actitud y el corazón que ponemos en todo lo que hacemos.

Es una lección práctica que nos da Jesús. Tenemos que aprenderla. Te dirá a ti, me dirá a mí: “No seas así, no seas ostentoso, no seas ambicioso, no seas orgulloso, no seas hipócrita, no parezcas lo que no eres, no ambiciones los primeros puestos, no ambiciones el que te alaben, que te agradezcan... No ambiciones. Sé como esta pobre viuda: da todo lo que tienes. Así, en monedas. Parecen sin sonido, sin fuerza... pero llenas de amor”. Una lección práctica. Y nos dice que sigamos este ejemplo, que dejemos un poco todas esas seguridades que tenemos, que nos abandonemos totalmente a la misericordia de Dios. Esta pobre mujer era muy pobre, pero en la pobreza era rica. Y el Señor le ayudaría. Se desprendió de todo, de todo lo que tenía y el Señor le dio todo. Es el ejemplo del pobre. El pobre, como él siente necesidad, tiene compasión de los demás, ayuda a solucionar los problemas; pero el rico, el ambicioso, no tiene necesidad de nada.

Hoy nos tenemos que plantear qué forma de vida tenemos: una vida orgullosa, ostentosa... o una vida como esta pobre mujer que, temblorosa, deposita allí todo lo que tiene y se abandona a la misericordia de Dios. Ésta es la lección: una lección a darnos a los demás. ¿Qué podemos dar nosotros? Podemos dar todo lo que tenemos: podemos dar nuestra bondad, nuestra sonrisa, nuestro servicio, nuestra alegría, nuestra forma de comprender a los demás, nuestra forma de ayudar, de querer a los demás; podemos repartir bondad, amabilidad, comprensión... aunque seamos muy pobres, como esta pobre mujer. Pero... recuerdo un dicho de una mujer india que decía: “Las personas valen en cuanto tienen bondad”. El único calificativo, el único

valor es la bondad: repartir ese cariño, repartir ese amor. Hoy tú y yo le vamos a pedir a Jesús que nos ayude a ser generosos, a darnos a los demás, pero también a no ser ostentosos, a no ser como estos maestros y letrados que querían, decían, exigían, pero después... No hagáis lo que ellos hacen, porque no es digno de ejemplo todo lo que hacen.

Le pedimos hoy a Jesús mucho que nuestra vida sea una vida sin hipocresía. Esta palabra me duele muchísimo cuando la pronuncio. Y el Señor recrimina y nos recrimina esa fantasía de vida que damos: parece que hacemos y no hacemos. Nuestra vida es una vida vacía, una vida de mucho sonido, de mucho ruido, pero que no lleva nada dentro. Jesús, enséñanos a ser limpios, humildes, sencillos, enséñanos el desprendimiento, la generosidad, el espíritu de compartir; enséñanos la humildad, el no notar, el silencio, la naturalidad; enséñanos la compasión; enséñanos la comprensión; enséñanos a convertirnos en personas pobres interiormente pero ricas para ti, que no disponen nada más que mucha fe en ti, mucho amor hacia ti, mucha confianza en ti, mucho espíritu filial, sabiendo que te tenemos a ti como Padre y que nunca, nunca nos abandonas, nunca nos dejas en la soledad y en la pobreza; nos ayudas siempre a los demás.

Que aprendamos la gran riqueza de la generosidad y la gran riqueza de la humildad. Ayúdanos, Señor, también para que sepamos ver, discernir, ponernos en activo de todas las necesidades de los demás y que actuemos en compasión, como esta mujer. Que sepamos tener también el pasar necesidad para comprender la experiencia de las necesidades de los demás. Y que sepamos también disfrutar de la alegría, de la fraternidad, como esta pobre mujer, que no le faltó la alabanza tuya y la alegría de saber que su generosidad la había hecho rica. La gran lección de la generosidad y de la humildad: aprender a ser pobre, aprender a entregarnos, aprender a no ser hipócritas, aprender a no ser ostentosos ni ambiciosos, como estos fariseos; y aprender también a no ser personas que buscan la preeminencia, la majestad, la ambición.

María, haznos pobres como Tú, haznos entregados como Tú. Y que sepamos también entregar todo lo que tenemos —estas pobres monedas que tenemos del amor, de la bondad, del cariño, de la generosidad— en el cepillo del corazón de cada una de las personas que se ponen en nuestro contacto y en el cepillo de tu corazón. Ayúdanos en esta gran labor. Me quedo y nos quedamos escuchando a Jesús y escuchando los avisos que nos da a ti y a mí, para que aprendamos de una vez la gran lección de la generosidad y de la humildad. Así sea.

Francisca Sierra Gómez